

INTRODUCCIÓN

PENSAR EL ANTIIMPERIALISMO

A lo largo de los últimos doscientos años, numerosos actores políticos y sociales han esgrimido la idea de que América Latina ha sido un territorio fácilmente dominado por potencias extranjeras, debido a la existencia de importantes asimetrías de poder político, militar y económico que convierten a esta región en presa de los intereses imperialistas en turno. Se argumenta, incluso con frecuencia, que el atraso latinoamericano se debe, en parte, a la intromisión del imperialismo en la región. Esta posición ha permeado de manera más o menos racional varios discursos que aún se presentan en la actualidad, desde la tribuna, en los panfletos de campañas políticas, la prensa y en diversos trabajos académicos.

Sin duda, la persistencia y fuerza del antiimperialismo como bandera de movimientos populares y populistas en Latinoamérica a lo largo del siglo xx, se derivan de la propia historia y de la conciencia histórica de numerosos países que han sido víctimas de invasiones, intervenciones militares y políticas externas durante los últimos dos siglos. Así, resulta común que estos episodios sangrientos y dolorosos se transformen en algunos mojones de la historiografía política y militar de diversas naciones de la región. No obstante, las expresiones nacionalistas más crasas no han sido siempre hegemónicas. En este sentido, conviene sugerir que las corrientes de pensamiento y expresión antiimperialistas han carecido de homogeneidad ideológica, conceptual e instrumental. Demostrar este supuesto es, precisamente, uno de los principales objetivos del presente libro que ofrece un conjunto de estudios sobre muy diversos autores antiimperialistas del primer tercio del siglo xx. De hecho, en Latinoamérica puede identificarse una casi constante disyuntiva entre aquellos autores que se aferraban a la vieja idea de lo nacional (basada en el concepto decimonónico del Estado-nación) y muchos otros que abogaban por un nacionalismo continental. Este último, además, se mantuvo latente junto al emergente proyecto nacional, haciendo sentir sus argumentos con mayor fuerza en aquellos momentos de crisis en los que se cuestionaba la legitimidad de determinado régimen político o se revelaba la falta de

capacidad de los estados nacionales para defender los intereses propios e incluso su identidad.

En todo caso, puede afirmarse que el imperialismo ha ocupado un lugar privilegiado en los debates sobre la identidad latinoamericana. Las reflexiones sobre el otro (extranjero, yanqui, gringo, etc.) han ejercido un papel importante en las formas de autointerpretación de lo propio (llámese latino, hispano o iberoamericano). Este juego de espejos se trasluce de manera reiterada en el ensayo latinoamericano, cuyos textos suelen crear o utilizar metáforas ante la necesidad de “objetivar los escurridizos sentidos de la nación”¹. Por ello, desde hace tiempo, ha sido importante el enfoque del “mirar-especular”, planteado por Richard Morse, repleto de indagaciones sobre la identidad, cuyas percepciones permiten explorar y reconocer nuestra especificidad pese a la diversidad de posibles interpretaciones².

Aún cuando este diagnóstico social ha sido compartido por muchos, existe un amplio abanico de interpretaciones respecto del fenómeno identitario. Ello ha dependido en grado importante de la coyuntura histórica específica, así como de las distintas posturas ideológicas de los intérpretes. Al revisar la ensayística latinoamericana, en torno a los conceptos de progreso y atraso, especialmente en la segunda mitad del siglo XIX y primer tercio del siglo XX, podemos agrupar sus primeas manifestaciones e interpretaciones en dos grandes grupos. A principios del siglo pasado, era larga la tradición de aquellos intelectuales que, por diversos motivos, relacionaban los males de la región con un problema de origen entre la civilización (visualizada como el futuro al que se quería llegar) y la barbarie (el pasado que aún pervivía en el presente de las sociedades latinoamericanas). Para minimizar la distancia entre una y la otra, propusieron que se ensayara un método quirúrgico de intervención que sanearía estas sociedades, imitando, por ejemplo, los aspectos positivos de Estados Unidos como modelo de nación progresista³.

Con el tiempo, sin embargo, se irán incrementando las críticas al imperialismo norteamericano, fundamentalmente, al considerarlo un factor externo que ejercía una influencia negativa sobre Latinoamérica. Esta crí-

¹ Funes, *Salvar la nación*, p. 11.

² Morse, “The Multiverse of Latin American”, pp. 7-8.

³ Sobre la importancia de esta imagen dentro del pensamiento del siglo XIX latinoamericano y, en especial, en el positivismo argentino, remitimos al interesante estudio de Svampa, *El dilema argentino*, pp. 29-128.

tica irrumpió con fuerza a fines del siglo xix, cuando el término *nuestra América*, ampliamente difundido por el cubano José Martí, se había extendido entre la intelectualidad latinoamericana como una necesidad de definir a este conjunto de países a partir de una denuncia permanente de aquello que se excluía, es decir, Estados Unidos. Como señala Óscar Terán, el “primer antiimperialismo latinoamericano” estuvo caracterizado por un doble movimiento compuesto por un factor de denuncia ante el avance norteamericano —ya fuera territorial, comercial o cultural— y por otro que, a manera de contrapropuesta defensiva, alzaba la bandera de la unión latinoamericana. Para que este mecanismo se pusiera en marcha, había sido necesario que se produjera, desde un amplio abanico ideológico que incluía perspectivas espiritualistas y positivistas, un cambio en la valoración de este vecino país. Así, de una imagen positiva —como la que sustentaban hasta ese momento los núcleos liberales latinoamericanos—, se pasó a una visión crítica que llegó, incluso, a plantear que la América Latina dividida en naciones era el fruto de una balcanización externa realizada por intereses imperialistas⁴.

Este nuevo discurso crítico cobró especial fuerza a partir de la guerra del 98 en Cuba y Puerto Rico, que no sólo reveló el contraste entre la impotencia de España y el dinamismo de Estados Unidos como nueva potencia imperial, sino que puso en tela de juicio el futuro de los países hispanoamericanos. Tal sensación de orfandad e incertidumbre sobre la seguridad de las naciones de la región muy pronto fue acentuada por los acontecimientos que desembocaron en la creación del nuevo estado de Panamá y en el control norteamericano de la zona del Canal. Durante la segunda y tercera década del siglo xx, el discurso antiimperialista adquirió renovadas fuerzas a raíz de la multiplicación de las intervenciones militares de Estados Unidos en la región. En particular, se difundió a partir de 1914 cuando se produjo la prolongada ocupación de Nicaragua, Haití y Santo Domingo, seguida por las intervenciones militares en el puerto mexicano de Veracruz, en ese mismo año. Similar actuación se registrará en la siguiente década, como consecuencia de las alianzas del Departamento de Estado norteamericano con diversos dictadores y “hombres fuertes” latinoamericanos.

Las denuncias y propuestas de los antiimperialistas partían de la idea de que, tras una esperada, pero aún incierta, desaparición del interven-

⁴ Terán, “El primer antiimperialismo”, pp. 2-4.

cionismo de Estados Unidos y de las dictaduras que auspició en la región, especialmente en el Caribe y Centroamérica, las sociedades latinoamericanas podrían comenzar a realizar un progreso propio más sostenido. Sin embargo, era necesario realizar una maniobra conceptual a través de la cual se diera nuevamente significado al concepto positivista de “progreso” y a la visión de las “minorías cultas”. Este giro discursivo modificó la matriz favorable a la influencia de Estados Unidos y Europa, retomando de la corriente arielista la crítica al materialismo y la referencia a la existencia de un espíritu latinoamericano. Al mismo tiempo, cobraron fuerza otras corrientes más militantes que eran expresión de movimientos sociales y sindicales, anarquistas, socialistas y luego comunistas (desde 1920), que también difundieron un discurso de denuncia antiimperialista. Por todo ello, de 1914 a 1930, la reivindicación de la identidad latinoamericana tomó un nuevo rumbo y ganó aún más fuerza en el pensamiento de numerosos intelectuales, a pesar de que seguían cuestionándose los distintos caminos hacia la modernidad en América Latina⁵.

Para ilustrar la diversidad de interpretaciones expresadas por una serie de prolíficos intelectuales latinoamericanos de la época, en este volumen hemos reunido nueve trabajos sobre algunos de los más destacados ensayistas del primer tercio del siglo xx. Los escritos tienen el imperialismo como temática común, casi siempre en tono crítico, pero desde un arco amplio y diferenciado de enfoques ideológicos, estilísticos y analíticos. El libro se abre con un estudio sobre Paul Groussac, autor que hace una crítica pronunciada del expansionismo de Estados Unidos en 1898, a partir de una defensa de la cultura de los pueblos de lengua hispánica; se trataría, en cierto sentido, de un antiimperialismo hispanófilo. Distinta fue la propuesta del historiador mexicano Carlos Pereyra, quien desde el primer decenio del siglo xx adoptó una actitud que puede calificarse

⁵ Como afirma el historiador chileno Eduardo Devés: “el pensamiento latinoamericano de las primeras dos décadas del siglo xx se encontraba dentro de una onda identitaria, pues el ciclo modernizador se encontraba a la baja”. Analizando el periodo entre 1845 y 1980, el autor plantea la existencia de un esquema en el cual se puede graficar la alternancia entre modernización e identidad, teniendo en cuenta que aún cuando en un momento dado se acentúa una, la otra no desaparece por completo y vuelve a aparecer cíclicamente años después. También observa que esta característica dualista se presenta en intelectuales que acentuaron una dimensión sin negar completamente la otra o enfatizando una de las dos opciones en distintos momentos de su vida. Devés, *El pensamiento latinoamericano*, pp. 15-16.

de nacionalismo pragmático, en la confrontación con el poderoso vecino del norte. En cambio, ya en tiempos de la Revolución mexicana, los escritos del diplomático, político e intelectual Isidro Fabela reflejaban el nacimiento del nacionalismo revolucionario vinculado con un espíritu internacionalista y antiimperialista.

Asimismo, dos estudios en este libro nos ilustran sobre los escritos de los intelectuales centroamericanos Salvador Mendieta y Maximo Soto Hall, a propósito de *nación e imperialismo*. Fue en el segundo decenio del siglo xx que Mendieta, apóstol de la unificación centroamericana, comenzó a formular sus ideas sobre las ventajas del unionismo para evitar la debilidad de pequeñas naciones frente a las potencias extranjeras. Su contemporáneo, Máximo Soto Hall, en cambio, expresaba en sus escritos literarios y políticos una posición que podríamos describir como antimperialismo sandinista, inspirada en la lucha de las guerrillas contra las fuerzas estadounidenses que ocupaban Nicaragua.

La complejidad y diversidad del género antiimperialista evidentemente se relaciona con las diferentes posiciones ideológicas que caracterizan a sus autores. En algunos casos, el nacionalismo era el vehículo que permitía expresar una posición antiimperialista, como es el caso del escritor chileno Joaquín Edwards Bello, aunque sus posiciones resulten bastante conservadoras y aboguen por un nacionalismo continental. En otros casos, la influencia de ideologías de izquierda era más importante, como en los escritos sobre el imperialismo en el Caribe, del socialista español Araquistain o en la compleja obra literaria y política del escritor argentino Albert Ghiraldo, que refleja la impronta del anarquismo y de otras corrientes militantes. No obstante, en fechas muy tempranas, Ghiraldo también puede y debe concebirse como uno de los principales gestores de una *cultura libertaria*. Distinto es el antiimperialismo del peruano Manuel Seoane, cuyos primeros escritos se derivaban del movimiento del reformismo universitario latinoamericano de los años 1918 a 1925, para luego plasmarse en el dinámico movimiento político del aprismo, del cual llegará a ser una figura señera; en este caso, podríamos hablar de un antiimperialismo “aprista”. Tampoco puede ignorarse la explícita y fuerte impronta del marxismo en muchos de los tempranos escritos antiimperialistas, como puede observarse en el texto *Dollar Diplomacy*, de Scott Nearing y Joseph Freeman, que también se estudia aquí, y del cual debe subrayarse su estricto materialismo histórico que lo aleja de dogmatismos.

En resumidas palabras, los diversos y ricos textos que se analizan en este libro permiten observar que las críticas al imperialismo se expresaron en un gran abanico de interpretaciones, en reivindicaciones de los valores del *hispanoamericanismo* o, alternativamente, del *latinoamericanismo*; en críticas al *panamericanismo*, en denuncias de la expansión imperialista, especialmente en el Caribe y Centroamérica; en expresiones del nacionalismo continental y regional, en la invención del concepto de *Indoamérica*, o en posiciones de izquierda, socialistas, comunistas y anarquistas.

Con el objeto de profundizar en la labor de rescatar a autores y textos clave de la historia intelectual latinoamericana, los participantes en este volumen no sólo analizaron determinadas obras y reconstruyeron de manera sintética las biografías de los autores y su contexto social, cultural y político. Simultáneamente, supervisaron la labor de recuperación de los libros originales de los autores estudiados, algunos difíciles de localizar, los cuales se han digitalizado y puesto a disposición en la página *Web* del Seminario de Historia Intelectual, bajo la rúbrica de “Biblioteca digital de Historia Intelectual de América Latina: Textos antiimperialistas de 1890-1940”⁶. Por ello, se recomienda al lector la consulta de estos textos en dicha colección digital, albergada en El Colegio de México, disponible en Internet en formatos amigables, que esperamos sean objeto de estudios particulares en el futuro. Todos los escritos pueden consultarse en nuestra página *Web*, ya que tienen la intención de servir de vehículo y fuente para la docencia y la investigación, siendo necesario señalar que, además, se han incluido en este espacio digital una serie de escritos complementarios e importantes del género antiimperialista, entre los cuales se cuentan los textos del brasileño Eduardo Prado, *La ilusión yanqui* (edición original en portugués de 1894), del venezolano César Zumeta, *El continente enfermo* (1899), del argentino Martín García Merou, *Estudios americanos* (1916), y del peruano Luis E. Valcárcel, *Tempestad en los Andes* (1927).

⁶ Véase la sección de “Biblioteca digital”, en la página del Seminario de Historia Intelectual en <http://shial.colmex.mx/>

I. EL ANTIIMPERIALISMO LATINOAMERICANO: ¿GÉNERO O GENERACIÓN?

Pensar el antiimperialismo puede sugerir que, en la época bajo consideración (el primer tercio del siglo xx), existía un mínimo grado de homogeneidad en los planteamientos de la mayoría de los intelectuales críticos en distintos espacios de Latinoamérica. Precisamente por ello, algunos autores como Hugo Biagini utilizan el término *pensamiento alternativo*, pese a existir varias significaciones para designar las actitudes contestatarias, como las postulaciones reformistas, o aquellas que postulan un cambio estructural del hombre o la sociedad⁷. Aunque este enfoque subraya el carácter contestatario del posicionamiento antiimperialista, consideramos que es necesario tener en cuenta la amplia gama de matices, tensiones y contradicciones que deben de ser tomados en cuenta para comprender de qué manera es resignificado el mismo objeto de estudio por los interlocutores. En otras palabras, como argumenta Martín Bergel en este volumen, es conveniente tener en mente un *concepto flexible* de antiimperialismo, atento a las diferencias en las interpretaciones individuales y a los cambios operados en el tiempo, en las propias ideas y en las posiciones políticas e ideológicas de los distintos autores.

En principio, puede plantearse si el discurso antiimperialista debe ser analizado como un género, al compartir ciertos rasgos (realismo, moralismo, denuncia política y social, entre otros), o como una generación que se definía por ciertas afinidades de enfoque. En la práctica, en cualquier época histórica podemos identificar la existencia de una multiplicidad de posturas y estilos intelectuales que reflejan la riqueza de la reflexión y la escritura. Esta nota sobre las precauciones necesarias para evitar generalizaciones superficiales, no impide que se planteen algunas interrogantes que contribuyan a pensar y debatir desde y hasta dónde deben ser considerados los textos antiimperialistas como elementos significativos dentro de la historia intelectual latinoamericana.

Para dar respuesta a ello existe una variada bibliografía escrita desde distintos campos del conocimiento, pero en el caso latinoamericano, según nuestra opinión, resulta fundamental comenzar por hacer una relectura crítica de textos y autores que en algunos casos son reconocidos y en

⁷ Biagini y Roig, *El pensamiento alternativo*, p. 11.

otros casi olvidados. En este libro nos interesa, en particular, recuperar las reflexiones sobre el imperialismo, publicadas en el primer tercio del siglo xx, que ocuparon un lugar privilegiado en los debates sobre la identidad latinoamericana en dicho periodo. Así, optamos por la perspectiva que nos ofrece la historia intelectual, en cuanto permite un análisis detallado de la complejidad manifiesta entre el texto y el autor, el texto del autor y otros textos escritos por él, el texto de ese autor y otros textos de otros autores, dimensiones que no se imponen una sobre la otra de una manera simple, sino que interactúan en cada caso específico. Con ello pretendemos hacer una aportación a los estudios de historia intelectual latinoamericana de la primera mitad del siglo xx, que están cobrando cada vez mayor densidad, merced a la publicación de numerosos libros y artículos sobre intelectuales, revistas y proyectos culturales⁸.

En este sentido, los ensayos que conforman el presente volumen contribuyen a recuperar los escritos realizados por algunos intelectuales que, entre fines del siglo xix y principios de la década de 1930, se preocuparon por producir y difundir una serie de ideas e imágenes sobre América Latina desde una clave antiimperialista⁹. Partimos de la premisa de que sólo a partir de estos estudios de caso puede resolverse, aunque sea parcialmente, el dilema planteado sobre la utilidad de los conceptos de género o de generación intelectual, para interpretar este grupo de textos.

Sin duda, si centramos la atención en la forma en que se expresan los textos del primer tercio del siglo xx que pueden ser calificados como antiimperialistas, puede sugerirse que no existió un solo género, ya que este discurso se expresó a través de novelas, ensayos en revistas, conferencias,

⁸ Las publicaciones son numerosas y pueden ser divididas en compilaciones, fruto de proyectos colectivos como los siguientes: Altamirano, *Historia de los intelectuales*; Granados y Marichal, *Construcción de la identidad*; Aguilar y Rojas, *El republicanismo*; Biagini y Roig, *El pensamiento alternativo*. Trabajos individuales que abarcan un periodo amplio como el de Devés, *El pensamiento latinoamericano*, o un periodo más concreto como el Funes, *Salvar la nación*; Pita, *La Unión Latino Americana*; Beigel, *El itinerario y la brújula*; Tarcus, *Mariátegui en la Argentina*; Bruno, *Paul Groussac*; Terán, *Vida cultural*.

⁹ Siguiendo a Horacio Tarcus, en su propuesta metodológica sobre la recepción de ideas, planteamos que si bien es analíticamente necesario discriminar a productores, difusores, receptores y consumidores de ideas, en la práctica estos roles pueden ser asumidos simultáneamente por una misma persona, por lo que no pueden distinguirse etapas temporales y sucesivas, sino momentos en los cuales ciertos tipos de intelectuales desarrollan capacidades y habilidades concretas: producción, difusión, recepción y apropiación. Tarcus, *Marx en la Argentina*, p 30.

artículos periodísticos y panfletos políticos. La mayoría de los textos que se analizan en este volumen son extensos, debido al fuerte componente de narrativa histórica o política que indujo a los autores a plantearse el objetivo de sus libros.

Por otra parte, debe subrayarse que el tipo de lenguaje utilizado también tiene características singulares. La denuncia requiere de una prosa vigorosa que suele transmitir un mensaje político, pero, al mismo tiempo, observamos que los textos analizados insertan la denuncia dentro de una narrativa de tipo histórica que da fundamento al argumento central presentado. Por ello, los textos que analizamos no son de naturaleza académica, sino que manifiestan una parentela con el periodismo militante y utilizan el formato del ensayo y/o de libros de ensayos entrelazados. De este modo, por su carácter combativo y persuasivo, así como por la complejidad de su construcción, esta literatura de ideas comparte con otros tipos de discurso moderno las características de lo que podría llamarse la *palabra panfletaria*¹⁰.

El hecho de que hubiese una marcada diversidad ideológica en el tratamiento del imperialismo contemporáneo se reflejaba, por lo tanto, en la variedad de géneros y estilos de los autores, que igual podían saltar de la novela al ensayo y de regreso a la novela, de la conferencia política al ensayo o a colecciones de ensayos. Para una mayor comprensión del fenómeno de los textos antiimperialistas conviene hacer exploraciones adicionales en la literatura de la época. En consecuencia, consideramos indispensable que estudios como el nuestro sean contrastados con otros que se dediquen a explorar las revistas culturales contemporáneas, fuentes privilegiadas de difusión, donde se generaban y transmitían los combates de las ideas. Como una especie de espejo que permite realizar un contrapunteo de lo expresado en los libros, este tipo de revistas, donde se aborda por igual literatura, pensamiento social y filosófico o reflexión política, son especialmente útiles, como lo han revelado una serie de libros recientes sobre una o más revistas latinoamericanas de la época. Tales publicaciones permiten conocer las características de las empresas culturales que realizó un grupo de intelectuales

¹⁰ El panfleto como tradición cultural es identificable por un *modus operandi*: la imagen paradójica, la visión crepuscular del mundo, la coexistencia de persuasión y violencia verbal, la relación entre verdad-libertad-solicitud. De este modo, el panfleto se presenta como un discurso crítico de oposición a la autoridad, situándose como el “paladín de la verdad”. Angenot, *La parole pamphlétaire*, pp. 337-338.

tuales. Al mismo tiempo, su estudio nos permite comprender la conformación grupal, con sus afinidades políticas e ideológicas, pero también con sus voces disonantes que nos remiten a los conflictos internos dentro de cierto marco político y cultural.

Al dar muestras del funcionamiento real y las dimensiones de las redes intelectuales, las revistas son de especial utilidad para comprender la producción y circulación del antiimperialismo en el espacio regional latinoamericano. *Claridad* (Buenos Aires y Santiago de Chile), *Renovación* (Buenos Aires), *Sagitario* y *Valoraciones* (La Plata), *Repertorio Americano* (San José de Costa Rica), *Atuei* (La Habana), *Ariel* (Montevideo), *Amauta* (Perú), son tan sólo algunos de los nombres de las numerosas publicaciones que pueden ser objeto de este tipo de estudios¹¹. A esto debe sumarse el análisis de las revistas norteamericanas como *The Masses*, *The Liberator*, *The Nation*, *New Republic* y *The North American Review*, las cuales, pese a sus diferencias con las anteriores, dan muestra de la importancia del antiimperialismo dentro de un grupo de intelectuales progresistas que se ocuparon de defender sus ideas, entre los años 1915 y 1930, y que prestaron una atención especial al fenómeno del impacto del imperialismo en Latinoamérica.

De este modo, tanto en los libros que analizamos como en las revistas de la época, descubrimos la existencia de una serie de redes de intelectuales latinoamericanos que constituían una o varias generaciones superpuestas¹². Por este motivo, y antes de presentar las características esenciales de las aportaciones que conforman este libro, también consideramos necesario dejar planteadas algunas inquietudes que surgen al intentar utilizar la expresión “generación” en la historia intelectual, con el objeto de llamar la atención sobre la combinación de venta-

¹¹ Sería extenso hacer aquí un balance sobre los estudios de revistas culturales. Por ello nos limitamos a mencionar dos ejemplos, el uno sobre una publicación puntual, *Renovación*, y el segundo como un trabajo colectivo compuesto por varios estudios específicos. Ver, Pita, *La Unión Latino Americana y el boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales*, 2009 y Crespo, *Revistas en América Latina: Proyectos Literarios, Políticos y Culturales*, 2010.

¹² Daniel Kerssfield ha resaltado la importancia de las redes formales en un ensayo brillante: remite al papel que jugaron en los años de 1920 la Unión Latinoamericana en Buenos Aires, la Liga Antimperialista de las Américas, que operaba desde centros neurálgicos en México y Buenos Aires, y el APRA (Alianza Popular Revolucionaria). Kerssfield, “La Liga antiimperialista”, 2007, pp.151-166.

jas y desventajas que se desprenden (simultáneamente) del uso de este tipo de categoría.

II. LA UTILIDAD RELATIVA DEL CONCEPTO DE GENERACIÓN INTELECTUAL

Como señaló Robert Wohl, en un estudio clásico sobre el tema, existen diversos modelos para escribir la historia de una generación de intelectuales o de individuos especialmente prolíficos, entre los cuales destacan los enfoques que analizan a grupos literarios, a elites políticas y/o a ciertos grupos notables de jóvenes (*youth generations*)¹³. En el primer caso, uno de los estudios, antiguo pero muy influyente, ha sido el de Henry Peyre, *Les générations littéraires* (París 1947), que intentó resumir diversas corrientes de escritores franceses desde fines del siglo xviii hasta el siglo xx en términos de esta categoría.

En época más reciente, el tema ha vuelto a llamar la atención en Francia, especialmente a partir de la discusión histórica contemporánea sobre el impacto de los intelectuales, *dreyfusards*, que acudieron al llamado de Emile Zolá, en 1898, en contra de la discriminación religiosa y racial de las autoridades del gobierno francés. Este interés por los tempranos intelectuales comprometidos (*engagés*)¹⁴ de principios del siglo xx, ha sido reforzado por la multiplicación de estudios históricos sobre los intelectuales en Francia, siendo especialmente notables y prolíficas las contribuciones de autores como Michel Winock, Christophe Charle, Jean Sirinelli y Gerard Leclerc¹⁵. Charle señala que ha sido en los últimos dos decenios que los historiadores sociales han comenzado a estudiar de manera más sis-

¹³ Wohl, *The Generation*, p. 239. En particular, sus reflexiones en la extensa nota 3.

¹⁴ A diferencia de la acepción del intelectual como un técnico que ejerce actividades profesionales especializadas “no manuales”, utilizado en ensayos de carácter sociológico y económico, las publicaciones de literatura y política más recientes distinguen al intelectual por su actitud de compromiso, incluyendo a aquellos que “han adquirido, con el ejercicio de la cultura, una autoridad y un influjo en las discusiones públicas”. Marletti, “Intelectuales”, p. 820.

¹⁵ Winock, *Le siècle des intellectuels*; Charle, *Los intelectuales en el siglo xix*; Ory y Sirinelli, *Les intellectuels en France*; Leclerc, *Sociologie des intellectuels*. También vale la pena prestar una atención especial a revistas especializadas con gran número de artículos sobre la temática como *Mil neuf cent: Revue d'histoire intellectuelle*, que ya cuenta con casi treinta números; originalmente se titulaba *Cahiers George Sorel*, pero sigue siendo editada por la Société d'Etudes Soreliennes en París.

temática a los intelectuales, en cuanto grupo social, en distintos periodos históricos. Al respecto, agrega:

Inicialmente, la investigación se volvió hacia este nuevo objeto en Francia, país en el que hacia finales del siglo XIX, surgió históricamente la acuñación lingüística “intelectuales”. Más recientemente ha seguido el ejemplo la historiografía de otros países europeos y extra europeos ¹⁶.

En el caso de México, el concepto de generación intelectual ha sido utilizada con cierta profusión, como lo demuestra la historiografía mexicana sobre el porfiriato (1876-1910), en la cual es habitual apelar al papel protagónico de los llamados “científicos” en muchas esferas de la política, las finanzas y la educación, aunque en este caso, los miembros pertenecían a diferentes generaciones, si nos atenemos a sus edades¹⁷. En contraste, al doblar el siglo, comenzó a ejercer una fuerte presencia antipositivista en los medios culturales de la ciudad de México un pequeño, pero compacto, grupo de jóvenes literatos y filósofos, encabezados por Antonio Caso, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y José Vasconcelos, que se reunieron alrededor del Ateneo de la Juventud y publicaron *La Revista Moderna*. Ya después, y en referencia a un grupo de jóvenes universitarios que comenzaron a descollar en la época de la Revolución, se habla de la conformación de la generación de 1915, donde podemos encontrar a Daniel Cosío Villegas, Vicente Lombardo Toledano, Jesús Reyes Heróles, Samuel Ramos, Manuel Gómez Morín, Gilberto Loyo, Luis Chávez Orozco, Jaime Torres Bodet o Carlos Pellicer¹⁸. Evidentemente, la fórmula generacional permite agrupar, pero cabe preguntarse qué grado de homogeneidad se puede encontrar en una generación de intelectuales o políticos y en qué medida tiene utilidad la expresión. Sin duda, en el caso de ciertos grupos de individuos que mantuvieron lazos especialmente estrechos entre sí en el proceso de su despertar creativo o en su labor profesional y política, la expresión tiene un sentido práctico que permite captar algunos elementos compartidos en su formación, superando los límites de una aproximación biográfica individual. Hoy en día, este en-

¹⁶ Charle, *Los intelectuales en el siglo XIX*, p. xv.

¹⁷ El trabajo clásico es el de Hale, *La transformación del liberalismo*.

¹⁸ Krauze, *Caudillos culturales*. Para un sugerente recorrido de la discusión de la génesis del concepto del “intelectual” en Hispanoamérica y, en particular, en México, ver Zermeño, “El concepto intelectual”.

foque parece recobrar cierta fuerza dada la contemporánea preocupación en las humanidades y ciencias sociales por identificar redes de contactos entre los miembros de un grupo, sea pequeño o grande. No obstante, es claro que tal enfoque siempre estará sujeto a debate en la medida de que haya distintas evaluaciones del grado de coincidencias ideológicas y políticas o de las similitudes estilísticas o estéticas o de la intensidad e importancia de los lazos personales. En la práctica, es factible pensar que cada estudio sucesivo sobre una generación puede revelar originales e insospechadas facetas del quehacer de cualquier grupo de individuos, en tanto se logra descubrir más información y aplicar metodologías novedosas a su estudio.

En el caso de lo que denominamos la *generación del 900* en Latinoamérica, consideramos que es factible identificar varios grupos de intelectuales de diversa formación educativa y profesional, así como de persuasiones ideológicas distintas¹⁹. Ello no implica que fuesen propiamente miembros de una generación, aunque sus escritos reflejan muchos puntos comparables en libros y ensayos, publicados entre 1900 y 1910. Algunos de los paralelos más interesantes se reflejan en la revisión de sus lecturas preferidas. Por ejemplo, en casi todos los casos de este grupo, se observa una marcada impronta de los escritos de Herbert Spencer y la categorización de grupos raciales (en una escala de inferiores a superiores) como referencia general, aunque ya comenzaba a decaer algo la influencia del racismo más crudo hacia principios del siglo²⁰.

Entre los miembros más destacados de esta generación de ensayistas del 900 puede señalarse a José Enrique Rodó de Uruguay, a Francisco García Calderón de Perú, a Carlos Octavio Bunge de Argentina, a Agustín Arguedas de Bolivia, a Francisco Encina de Chile, a César Zumeta de Venezuela, a Manuel Bomfim de Brasil y a Francisco Bulnes de México, entre otros. Caracterizaba a estos autores —todos pertenecientes a las elites latinoamericanas— el practicar el entrecruzamiento algo desordenado de corrientes intelectuales, con una alternancia entre positivismo, darwinismo social e idealismo. Habitualmente, se enfatiza el peso del idealismo de los grupos arielistas (en el caso de México se observa una fuerte resonancia en el grupo del Ateneo, entre los que destacaban Alfonso Reyes, Antonio Caso y otros), pero de ninguna manera debe pensarse que el

¹⁹ Marichal, "El Lado oscuro" (en prensa).

²⁰ Sobre el tema ver Bowler, *Biology and Social*, capítulo 4.

llamado idealismo era compartido por todos los ensayistas de la época que se interesaban en el diagnóstico y futuro de las culturas y sociedades latinoamericanas. Nos parece igualmente destacable el uso frecuente de la metáfora médica, que se reflejaba en los enfoques social-darwinistas aún dominantes en el primer decenio del siglo xx. Así se observa en los títulos de algunos de los ensayos y libros, como el *Continente enfermo*, de César Zumeta (1899); *Pueblo enfermo*, de Alcides Arguedas (1909); *La enfermedad de Centro-América* (vol. 1, 1912), de Salvador Mendieta, o *Los males de América Latina* (1905), de Manuel Bomfim, a los que podrían agregarse textos como el de Agustín Álvarez, *Manual de Patología política* (1899), y el de Manuel Ugarte, *Enfermedades sociales* (1905), de diferente matriz ideológica. Evidentemente, los intelectuales en cuestión se consideraban médicos sociales que podían ofrecer un diagnóstico de dolencias que aquejaban a sus sociedades, aunque no tenían demasiada certeza en cuanto al tipo de remedio para los problemas profundos y complejos que creían haber identificado.

Otra corriente contemporánea a los idealistas y los social-darwinistas era la de los primeros antiimperialistas, entre los cuales destacaban el patriota cubano José Martí, el brasileño Eduardo Prado, el uruguayo José Enrique Rodó, el poeta centroamericano Rubén Darío, los argentinos Ernesto Quesada (en su etapa juvenil) y Manuel Ugarte (ya claramente situado en el campo socialista), así como el venezolano Rufino Blanco Fombona (autor difícil de clasificar, pero claro enemigo de las dictaduras). En la práctica, un buen número de estos tempranos críticos del imperialismo escribieron en respuesta a las intervenciones de los Estados Unidos que se multiplicaron en la región del Caribe y Centroamérica a partir de 1898. Pero también puede sugerirse que, en algunos casos, abogaban por el antiimperialismo como doctrina o instrumento ideológico y político.

Cabe aclarar que fue a partir de 1900 cuando los intelectuales europeos contemporáneos comenzaron a escribir libros en contra del imperialismo, destacando el modelo de interpretación liberal de J. A. Hobson, *Estudio del imperialismo* (1902)²¹. Hasta entonces, la inmensa mayoría de los numerosos textos publicados en Europa sobre el colonialismo de

²¹ Posteriormente se escribirá desde el marxismo, como se puede observar en *El imperialismo etapa superior del capitalismo*, de Lenin (1916). Los dos tipos de textos serán citados por latinoamericanos como Haya de la Torre. Funes, *Salvar la nación*, p 224.

fin del siglo XIX, concebían al nuevo imperialismo europeo como una avanzada de razas superiores en África y Asia, pero también e implícitamente en América Latina. Para escritores como Martí o Prado, por ende, la crítica al nuevo imperialismo estadounidense consistía no solamente en una denuncia política, sino también en una afirmación de lo propio como algo valioso. De esta manera, se hacía un tajante rechazo a la doctrina de superioridad que transmitían los textos europeos, que frecuentemente eran asimilados por voceros de las elites latinoamericanas, en función de su utilidad ideológica, para avalar regímenes de tipo oligárquico dentro de la región.

El enorme impacto de la Gran Guerra (1914-1918) y la conciencia de una inminente decadencia europea cambiaron muchas percepciones acerca de la supuesta inferioridad de América Latina, característica en el pensamiento de un gran número de positivistas latinoamericanos de fines del siglo XIX. De allí que cobrara fuerza la que hemos denominado la generación de 1920, en especial los nuevos antiimperialistas, algunos de los cuales analizamos en este libro. Los escritos de este grupo de intelectuales se caracterizaban, en general, por una afirmación más optimista de la identidad latinoamericana, con una fuerte impronta de propuestas revolucionarias, teñida a su vez de una fuerte crítica social y de un pronunciado antiimperialismo. Se trataba de un claro cambio de paradigmas, al menos entre los intelectuales críticos interesados en discutir el futuro de Latinoamérica, a partir del impacto de una serie de grandes acontecimientos que cambiaron su visión del presente y futuro de la región.

En este cambio de perspectivas fue clave el impacto de los movimientos revolucionarios que estallaron hacia fines de la guerra mundial, en particular los ocurridos en Rusia, con el triunfo de la revolución bolchevique a fines de 1917, y en México, a raíz de las experiencias revolucionarias del decenio 1910-1920²². Los debates sobre las consecuencias

²² Beatriz Sarlo se refiere a “la revolución como fundamento” para hacer referencia al impacto que tuvo la revolución rusa entre un grupo ideológico amplio de estudiantes e intelectuales de la izquierda argentina, tópico que permitirá a estos personajes diferenciarse respecto del resto del campo cultural al convertir a la revolución en un *leit motiv*. Sarlo, *Una modernidad periférica*, pp. 121-123. A su vez, México fue visto como un “laboratorio social” desde el mirador latinoamericano, como lo demuestra el estudio de Pablo Yankelevich sobre la experiencia mexicana en el espacio intelectual argentino como fuente del discurso antiimperialista y latinoamericanista, observado específicamente a través del acercamiento que tuvieron José Ingenieros y Alfredo Palacios con mexicanos destacados como José Vasconcelos,

de estos enormes procesos sociales y políticos fueron recogidos por buen número de intelectuales críticos de la “nueva generación”, como ellos mismos se denominaban, entre los que podemos mencionar a José Ingenieros, Alfredo Palacios, Manuel Ugarte, José Vasconcelos, Diego Rivera, José Carlos Mariategui, Haya de la Torre, Recabarren o Mella. En todo caso, dichos eventos acabaron con la obsesión anterior sobre una supuesta inferioridad latinoamericana (racial, económica o cultural) al tiempo que debilitaron notablemente la ideología del positivismo, lo que incidió en la difusión de una visión de Latinoamérica como un *nuevo mundo* con grandes posibilidades y no como un territorio condenado por su herencia colonial. Ello fue reforzado, a su vez, después de la guerra, por la difusión de escritos de autores como Oswald Spengler sobre la decadencia de occidente (en este caso de Europa) y también del texto famoso de Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*. Estas interpretaciones fueron asumidas con cierto fervor por los intelectuales latinoamericanos críticos, como se observa en la introducción de Nietzsche en Perú, por Mariategui, y en Argentina, por Deodoro Roca e Ingenieros.

Pero, para entender el giro intelectual e ideológico de la década de 1920, es igualmente importante tener en cuenta la conciencia contemporánea del avance de la influencia económica, cultural, política y militar de la nueva gran potencia, Estados Unidos, en la región latinoamericana y, en especial, en el Caribe y Centroamérica. De este modo, y como se observa en los estupendos estudios de Gregorio Selser sobre las múltiples intervenciones extranjeras, era imposible entender el antiimperialismo sin reparar en el impacto de la expansión capitalista en la región de los países centrales²³. Por su parte, en un brillante ensayo de historia intelectual, Francisco Zapata ha argumentado que es importante tener en cuenta que existía un vínculo estrecho con el surgimiento de movimientos que defendían la autonomía política y el patrimonio económico nacional, amenazado por las estrategias implementadas por el capital extranjero. Por ello, el antiimperialismo trató de conciliar la afirmación de un desarrollo capitalista nacional, con el fortalecimiento del Estado y la autonomía cultural. Este giro es visible en Víctor Raúl Haya de la Torre, al intentar la alianza de nacionalistas y an-

Alfonso Reyes y Felipe Carrillo Puerto. Yankelevich, *Miradas australes*, pp. 295-309.

²³ Selser, Gregorio, *Cronología de las intervenciones norteamericanas en América Latina (1890-1940)*.

tiimperialistas que posteriormente constituirá el nacionalismo revolucionario, ideología que animara los movimientos políticos latinoamericanos de izquierda en los años treinta²⁴.

Hasta aquí podemos ver de manera muy resumida algunas de las formas en que se plasmó y difundió un sentimiento antinorteamericano, que desde fines del siglo XIX fue adquiriendo una serie de características discursivas identificadas posteriormente como antiimperialismo. Este hilo conductor también permite observar que existieron otras corrientes de interpretación de lo latinoamericano que corrían de manera paralela, aunque por momentos se entrecruzaban. Es evidente que el discurso antiimperialista tuvo un momento de auge durante la década de 1920, como afirma Patricia Funes, volviéndose omnipresente aún en aquellos intelectuales como José Ingenieros, quien había construido sus modelos teóricos bajo patrones europeos y cosmopolitas. A la vez, los temas tradicionales *patriotismo* y *nación* serían vistos cada vez más “a partir de la dependencia política en clara ruptura con las generaciones precedentes”²⁵. Sin embargo, y retomando las redes impulsadas por figuras como Ingenieros, debe subrayarse que la nueva generación incluía a intelectuales y estudiantes de distintas edades y trayectorias. Por ello, consideramos que al utilizar el concepto de generación debemos hacerlo desde una óptica amplia que nos permita entender su fluidez en el tiempo.

III. LA PROPUESTA: FUENTES DE Y PARA LA HISTORIA INTELECTUAL

Este libro, como ya hemos sugerido, refleja una preocupación compartida por varios investigadores de diversos países que, desde hace ya varios años, nos hemos reunido para discutir temas comunes en el Seminario de Historia Intelectual de América Latina (siglos XIX-XX), en El Colegio de México. En este espacio de reflexión, se ha planteado en varias ocasiones y a partir del debate de textos muy diversos, la existencia del antiimperialismo como un hilo conductor importante en la

²⁴ Zapata, *Ideología y política*, pp. 15-16. El autor plantea que es importante prestar atención a nociones como antiimperialismo, tanto en la retórica de regímenes políticos en busca de legitimación, como en los discursos de los ideólogos que buscan representar al mundo sociopolítico y servir como instrumento de movilización social. pp. 11-12.

²⁵ Funes, *Salvar la nación*, pp. 205 y 225.

historia del pensamiento latinoamericano, así como un discurso que permanece latente en el tiempo y que reaparece con vigor en determinados momentos. Aunque existe una nutrida bibliografía al respecto, consideramos que era conveniente cuestionarse nuevamente sobre el antiimperialismo desde la perspectiva de la historia intelectual, con el fin de plantearse un estudio cada vez más pormenorizado y crítico de un grupo de autores y textos poco conocidos que no han merecido un estudio profundo en las últimas décadas.

A partir de esta propuesta inicial, nuestro objetivo fue ampliándose al darnos cuenta de que podía ser de considerable utilidad contar con un proyecto colectivo que se diera a la tarea de estudiar autores de varios países de América Latina, durante un lapso de tiempo amplio que inicia a fines del siglo *xix* y termina a principios de la década de 1930. Así, se buscó la colaboración de investigadores nacionales y extranjeros que se dieron a la tarea de analizar un conjunto de textos, y se presentó un proyecto de investigación de mayor alcance en el cual se recuperarían los materiales de estudio no sólo para ser utilizados por los colaboradores, sino también, como hemos señalado, para ser digitalizados y, posteriormente, difundidos entre un público más numeroso a través de la página *Web* del Seminario²⁶. Con ello se ampliaba la temática de este sitio dedicada anteriormente a la presentación de los textos debatidos en las reuniones periódicas, así como a la información complementaria sobre la bibliografía, hemerografía, sitios *Web* y proyectos. Dadas las dificultades que se encuentran para lograr el acceso a muchos de los libros seleccionados para el presente análisis, ya que se trata de libros “viejos” que por lo general merecieron sólo una edición, decidimos que los estudios críticos debían de considerar a profundidad tanto el texto principal de análisis como otros textos publicados por el mismo autor. Por este motivo, la sección de la página *Web* del Seminario titulada “Documentos” incorporó un buen número de libros poco conocidos por el público actual, publicados entre fines del siglo *xix* y mediados de la década de 1930, en editoriales de Buenos Aires, México y Madrid, fundamentalmente. La mayor parte de estos escritos fueron utilizados por los colaboradores de este libro para realizar sus interpretaciones, textos a los

²⁶ El proyecto, bajo la responsabilidad de Alexandra Pita González, fue aprobado por el Fondo SEP-CONACYT. Convocatoria Ciencia Básica (2008), en la categoría Joven Investigador.

cuales sumamos otros que si bien no fueron incorporados a la versión definitiva de este libro tienen la intención de hacer de esta sección una base de datos que facilite y difunda obras del pensamiento latinoamericano²⁷.

Resta ahora resaltar puntos sobresalientes de los ensayos contenidos en este libro, explicando qué textos y autores fueron seleccionados para el análisis; la forma en que se exploraron los materiales, así como algunos de los aspectos que son comparables en los diferentes itinerarios estudiados en relación con el antiimperialismo como objeto de estudio.

En orden cronológico, puede indicarse que el trabajo redactado por Paula Bruno, “Mamuts vs hidalgos”, constituye un análisis de las lecturas de Paul Groussac sobre Estados Unidos y España a fines del siglo XIX. Tomando como punto de partida la conferencia que dictó Groussac (1848-1929), publicada en forma de folleto por una editorial en Buenos Aires en 1898, el texto es leído como una denuncia al materialismo norteamericano, desde una clave modernista, que buscaba expresar el sentimiento de rechazo por el nacionalismo expansionista, manifestado en la guerra entre España y Estados Unidos por el control de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Para comprender el sentido de la crítica, la autora desarrolla la percepción de Groussac sobre España, quien parece oscilar entre la admiración por la hidalguía de la época de la Conquista y el abatimiento ante cierta decadencia en el siglo XIX. En contraste con la España hidalga, la nación norteamericana es identificada en el texto con un mamut, animal poderoso pero primario, que prevalece por poseer como atributos el “gigantismo, la monstruosidad y el primitivismo”. Para comprender esta percepción sobre la sociedad estadounidense y su democracia —entendida como tiranía de la mayoría—, Paula Bruno retoma los apuntes de viaje que realizó Groussac a partir de sus travesías, en 1893, por Chile, Perú, México, algunos puntos de América Central y Estados Unidos, itinerarios publicados en el libro *Del Plata al Niágara* (1897). En el contexto específico de 1898, se observa el impacto que sufrieron los intelectuales latinoamericanos con motivo del enfrentamiento de dos culturas pasadas y presentes sintetizadas en las representaciones de mamuts vs hidalgos (Estados Unidos de América vs España). Esta perspectiva culturalista era bastante característica del ambiente intelectual de la época y, poco después de la conferencia de Groussac, será utilizada por Rubén Darío en *El*

²⁷ Ver el conjunto en sección “Biblioteca digital”, en la página del Seminario de Historia Intelectual, en <http://shial.colmex.mx/>

triunfo de Calibán y por Enrique Rodó en su conocida obra, *Ariel*.

En el ámbito mexicano, la guerra del 98 también tuvo un fuerte impacto, dado el legado de rechazo a las terribles intervenciones extranjeras experimentadas en el país durante el siglo xix. El primer crítico de este nuevo intervencionismo a fines del siglo xix fue Francisco Bulnes, con la publicación de su ensayo *El porvenir de las naciones hispanoamericanas* (1899), en el que ofrecía un sombrío panorama del futuro. Pero sería, sobre todo, desde 1914, con la intervención naval y militar en Veracruz, por parte de la administración de Woodrow Wilson, que cobraría mayor fuerza el discurso antiimperial. Así se observa en el caso del historiador Carlos Pereyra, personaje muy significativo, pero insuficientemente recordado, quien es estudiado en este volumen por Andrés Kozel. Se observa una evolución no lineal en los escritos de Pereyra, ya que hacia 1904 aún mantenía posiciones de elogio para el gran imperialista, el presidente Theodore Roosevelt, para pasar en años subsiguientes a una fortísima crítica del mismo personaje.

La trayectoria de Pereyra fue compleja, ya que originalmente fue un personaje del antiguo régimen porfiriano, hombre cercano a Bernardo Reyes, gobernador de Nuevo León. Luego, en época del dictador Huerta, pasó a ocupar transitoriamente el cargo de secretario de Relaciones Exteriores, en 1914, y, posteriormente, el de embajador en Bélgica. Tras el triunfo del carrancismo fijó su residencia en Madrid, donde vivirá hasta el fin de sus días, publicando numerosas obras, entre ellas una extensa historia de hispanoamérica y numerosos libros de ensayos, muchos de enfoque antiimperialista. Su libro, *El mito de Monroe* (circa 1916), es analizado por Kozel con gran finura en cuanto a su genealogía intelectual. En su madurez, Pereyra será un fuerte crítico del intervencionismo de Estados Unidos, pero ya en los años treinta su hispanismo cada vez más acendrado revelará sus simpatías con el falangismo y luego con el franquismo.

Diametralmente opuesto a Pereyra, en cuanto a trayectoria política, fue otro intelectual, político y diplomático connotado, Isidro Fabela, quien también escribirá una obra de denuncia antiimperialista en los años veinte, *Estados Unidos contra la libertad*. Luis Ochoa Bilbao resume con cuidado su biografía para luego entrar en el análisis del texto en cuestión. Fabela había sido miembro fundador del Ateneo de la Juventud en 1909, pero, ya entrada la Revolución, se vinculó con Venustiano Carranza, quien lo nombró su representante en Europa con la encomienda de mejorar la imagen del México constitucionalista y comenzar a tejer sus relaciones internacionales. Después de su regreso a México en

1921, ocupó cargos directivos en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y fue destacado periodista. Sin embargo, el ascenso de los generales sonorenses lo obligó a exiliarse en Estados Unidos y luego en Europa, hasta que en la década de 1930 volvió al favor político en su país, donde se le nombra representante de México ante la Sociedad de Naciones. En este cargo ejerció un papel fundamental en la defensa del gobierno de la Segunda República española. En resumen, éste antiimperialista y también hispanófilo adoptó posiciones mucho más progresistas que su compatriota Pereyra. No obstante, la obra de denuncia de la doctrina Monroe de ambos refleja gran número de similitudes.

Diferente matices de antiimperialismo se encuentran en las posturas de los intelectuales centroamericanos de los años veinte, menos inclinados al nacionalismo o la hispanofilia que sus colegas mexicanos, ya que su preocupación giraba alrededor de las intervenciones directas de Estados Unidos en sus pequeñas naciones. A raíz de la inestabilidad política centroamericana y la mano dura de diversos dictadores de la región, un buen número de destacados y críticos intelectuales tuvieron que buscar en el exilio espacios para trabajar y publicar libremente. Así lo reflejan los casos de los guatemaltecos Juan José Arévalo y Máximo Soto Hall, que se establecieron en Argentina en los años veinte, el primero como profesor de la Universidad de La Plata y el segundo como columnista del destacado periódico *La Prensa* de Buenos Aires. Por su parte, Salvador Mendieta, el gran promotor del unionismo centroamericano, vivió la mayor parte de su vida en distintos países de la región, pero saltando de uno al otro para escapar de las garras de distintos tiranos. Ello contrastaba con la estabilidad que experimentó el editor de una de las más trascendentes revistas culturales latinoamericanas de la época, *El Repertorio Americano*, nos referimos a Joaquín García Monge, quien pudo vivir, editar y publicar en su propia tierra, Costa Rica, debido a su mayor grado de democracia y tolerancia política e intelectual. Dicho sea de paso, un amplísimo número de los intelectuales críticos latinoamericanos de Sudamérica y de México publicaron artículos en esa revista entre 1918-1940, convirtiéndola en un faro de pensamiento progresista, más allá de su elevada factura literaria.

La construcción ideal de una comunidad latinoamericana, distinta de la sajona, es objeto del trabajo que Margarita Silva presenta en este volumen bajo el título “Salvador Mendieta y la unión centroamericana”. Silva analiza dos trabajos del intelectual centroamericano: *Páginas de unión*, pu-

blicado en Nicaragua, en 1903, y *La enfermedad de Centro América*, extensa obra publicada entre 1914 y 1934 ante las continuas interrupciones causadas por la actividad política del autor, los destierros, las prisiones y la escritura de otros textos. Tras exponer la trayectoria de Mendieta para evidenciar la conexión entre sus experiencias prácticas y su proyecto político unionista, la autora se centra en el primer trabajo del intelectual nicaragüense, observando la originalidad del mismo al comparar los textos constitucionales de los cinco países y proponer una federación que retomaba las ideas expuestas anteriormente por el colombiano José María Torres Caicedo. El vínculo con las experiencias del siglo xix se refleja también en la interpretación del antiimperialismo a partir de las experiencias de José Martí y los cubanos exiliados en Centroamérica, conjugando la crítica al intervencionismo norteamericano con las dictaduras locales y defendiendo, como contraparte, un fuerte sentimiento hispanista.

Estos elementos constitutivos del antiimperialismo en la obra de Mendieta son retomados por la autora al analizar *La enfermedad de Centro América*, libro compuesto en tres tomos, donde, bajo la influencia de Herber Spencer y su metáfora organicista así como del naturalismo francés de Emile Zolá, se plantea el estudio científico del sujeto social y sus síntomas, los orígenes, el diagnóstico y, por último, la terapéutica. De ese modo, el texto de Mendieta pretende ser un manifiesto de la ideología unionista, mezclando de manera implícita o explícita ideas de regeneración social con un análisis político de la región.

De tono más radical es el escrito del guatemalteco Máximo Soto Hall, *Nicaragua y el imperialismo norteamericano*, publicado en Buenos Aires a inicios de 1928. Esta obra es un largo ensayo que combina historia y política, haciendo hincapié en las intervenciones militares en Nicaragua a mediados del siglo xix, por parte de bucaneros norteamericanos como William Walker, para luego pasar revista a las intervenciones de los *marines* en esa misma tierra en el siglo xx. Sin embargo, Soto Hall no se dedicaba solamente al ensayo, pues ya era un novelista conocido en Centroamérica desde principios de siglo: en Buenos Aires publicó, en 1927, la novela antiimperialista *La sombra de la Casa Blanca* y al año siguiente, en 1928, una obra de teatro titulada *Sandino*, algo nada extraño, teniendo en cuenta que la rebelión de Sandino contra los norteamericanos había comenzado en esos años.

Aparte de Centroamérica, no hay duda de que fue el Caribe el espacio geográfico y social de Latinoamérica que sufrió el mayor número

de intervenciones externas, especialmente de parte de las fuerzas militares norteamericanas. Sobre este tema llamaron la atención diversos autores que utilizaron su pluma para denunciar el avance norteamericano en la región. Este es el caso del español Luis Araquistain, a quien se le conoce sobre todo por su actuación en la República española a inicios de la década de 1930. No obstante, debe señalarse que dos de sus libros publicados en la década anterior, *El peligro yanqui* (1920) y *La agonía antillana* (1928), tuvieron una gran difusión en la época al agotarse rápidamente y al beneficiarse de una segunda edición en años muy próximos. Estos textos, analizados por Blanca Mar León, ejemplifican la preocupación de los intelectuales españoles por mantener los vínculos de aquel “imperio espiritual” (cultural) y, con ello, el predominio de España en América Latina. Sin embargo, las “aflicciones” españolas no provenían de la pérdida de sus colonias, hecho sobre el cual asumían su error, sino de la nueva conquista de la que éstas estaban siendo objeto, por parte de Estados Unidos.

En este contexto, en el cual todavía tenían importancia las influencias regeneracionistas que formaron parte del espíritu de la época, se suman otras que la autora recoge al reconstruir las actividades que el periodista español Araquistain desplegó durante su estadía en Cuba. Sus vinculaciones intelectuales, sus actividades y sus lecturas forman parte de un contexto de enunciación, que permiten al lector conocer mejor las reacciones latinoamericanas a la producción literaria y política de Araquistain, en especial la obra *La agonía antillana* (la cual se glosa en detalle en el estudio de Mar León). Ello nos ayuda a conocer mejor el ambiente intelectual y cultural cubano de los años veinte y la forma en que ejerció su influencia sobre el periodista español y sus escritos.

El hecho de que Araquistain se interesara en los problemas del Caribe tenía una explicación. De hecho, en la segunda y tercera década del siglo xx, una parte del ambiente intelectual español se vio sensibilizado con la situación que se vivía en América Latina, merced a la labor enérgica de una serie de editores y escritores latinoamericanos que se establecieron en la capital española y publicaron allí una sorprendente cantidad de obras sobre Latinoamérica. El caso más destacado es el del venezolano Rufino Blanco Fombona, quien estableció la Editorial América en Madrid, en 1915, y donde publicó más de trescientos volúmenes sobre temas hispanoamericanos, entre ensayo, novela e historia, antes del estallido de la Guerra Civil²⁸.

²⁸ Segnini, *La Editorial América*. La autora ha publicado la obra pionera de

Pero había también otras editoriales en esa capital que colaboraron en el esfuerzo de difusión y venta. No es de extrañar que el siguiente trabajo que se analiza en este volumen, “*Yanquilandia bárbara*”, fuera publicado en 1929 por la editorial española Historia Nueva, la cual también editó otras obras escritas por latinoamericanos sobre el tema antiimperialista. El autor, el intelectual anarquista de origen argentino, Alberto Ghiraldo, buscaba denunciar la invasión de Nicaragua y resaltar el peligroso avance norteamericano en el Caribe (considerando a ese país como la primera zona de influencia norteamericana en Latinoamérica, a la cual, posteriormente, se agregarán otras). Como señalan las autoras, Alexandra Pita y María del Carmen Grillo, el discurso se encuentra impregnado de elementos simbólicos que no deben asociarse necesaria o directamente con el anarquismo, como es el caso de su defensa de las ideas de raza, de nación o de hispanismo, sino que debe subrayarse que el autor se vale de todos los materiales disponibles que tratan diferentes épocas y se refieren a diversos contextos y diversas categorías discursivas. Pese a esta aclaración, es evidente que en *Yanquilandia bárbara* persisten algunos signos del anarquismo: el moralismo, el sentimentalismo, así como la apelación a un discurso emocional que se sustenta, empero, en argumentos concretos (datos, cifras, citas que dan muestras del brutal avance norteamericano en la región). En este sentido, las autoras destacan tanto el aspecto formal de la composición de la obra como su universo simbólico, resaltando de qué manera Ghiraldo explota el uso de arquetipos y de estereotipos, así como el carácter binario de la exposición, todos elementos provenientes del discurso y del imaginario anarquista.

Otro texto antiimperialista publicado en la misma época en Madrid fue el del chileno Joaquín Edwards Bello, titulado *El nacionalismo continental*. El estudio de esta obra y de su autor corrió a cargo de Fabio Moraga, quien ofrece un retrato de este personaje heterodoxo e iconoclasta de la elite chilena. Miembro de una de las familias más eminentes de Santiago, descendiente de grandes banqueros, por un lado, y del preclaro intelectual, lingüista y estadista, Andrés Bello, por el otro, Joaquín Edwards Bello nunca aceptó entrar a ejercer el rol que su familia consideraba que debía cumplir en las altas esferas de la sociedad chilena. Moraga lo califica de “rebelde, iconoclasta, maldiciente, francotirador,

interpretación.

‘maldito’ a su manera”, pero, a pesar de ello, un destacado intelectual que publicó mucho. En su principal obra antiimperialista, Edwards Bello comienza con una serie de textos dedicados a discutir el papel de Chile en su relación con Europa y el mundo, afirmando su rechazo a la herencia anglosajona y rescatando la española. Le siguen varios textos sobre la formación de la “continentalidad” cultural latinoamericana, para cerrar de nuevo con el papel de Chile y su posible proyección en una propuesta latino o indoamericana.

En *El nacionalismo continental*, Edwards incluyó un mensaje de Víctor Raúl Haya de la Torre, a quien consideraba un gran dirigente latinoamericano; sin embargo, en lugar de subrayar el discurso indoamericano de Haya, sólo enfatiza su autoridad como gran jefe con don de mando. Tal actitud, explica Moraga, se relacionaba con la creciente admiración que el escritor chileno sentía por Mussolini, lo que le fue inclinando gradualmente hacia una apología del fascismo nacionalista. En ello podemos encontrar algunos paralelos con los intelectuales Carlos Pereyra y José Vancencelos, que fueron girando políticamente hacia la derecha en los años treinta, después de haberse situado en posiciones progresistas en épocas anteriores. En este sentido, hay que reconocer que en sus escritos tardíos ya no es posible encontrar, en estos intelectuales, rastros importantes del antiimperialismo que los había cautivado en los años veinte.

La multiplicación de obras antiimperialistas publicadas en los años veinte en Madrid, Buenos Aires y México fue creando un público interesado en leer textos antiimperialistas y ello, sin duda, estaba relacionado estrechamente con los jóvenes universitarios que habían comenzado a militar en política, tanto en España como en los diversos países latinoamericanos. El fenómeno también estaba relacionado con otro ámbito de lectores afines que provenían de círculos obreros y/o de partidos o agrupaciones políticas y sindicales de izquierda. En este punto, conviene hacer hincapié en el carácter internacionalista de una buena parte de la literatura antiimperialista bajo consideración.

Un buen ejemplo de la producción de ese sector estudiantil altamente politizado y comprometido con las realidades latinoamericanas, aparece en el ensayo de Martín Bergel sobre los escritos de Martín Seoane. Bergel analiza dos textos escritos por Seoane, estudiante peruano militante del aprismo, *Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia* (1929) y *La garra yanqui* (1930). Ambas obras fueron concebidas durante el exilio del autor en Buenos Aires, estado que asumieron también varios jóvenes participan-

tes de la Universidad Popular González Prada. Seoane se insertó rápidamente en el ambiente intelectual porteño, participando activamente en la Unión Latino Americana, sin perder su condición de líder aprista que compartió con otras relevantes figuras como Víctor R. Haya de la Torre y José Carlos Mariategui.

Como demuestra Bergel en su estudio, ambos escritos de Seoane remarcan su origen dual como representante de la nueva generación de estudiantes latinoamericanos y como miembro del aprismo. *Con el ojo izquierdo* es un relato de viaje, “una mirada interior” donde se pone de manifiesto, como afirma Bergel, el viaje proselitista como una estrategia que utilizó la generación de la reforma universitaria latinoamericana y, en especial, del núcleo relacionado al aprismo, para “materializar” la idea de América Latina como un hecho fáctico. Otra estrategia para enfatizar el destino compartido de estos países fue el estudio concreto del imperialismo, actividad que desarrolló Seoane en numerosos artículos que buscaban demostrar científicamente la penetración económica del capital norteamericano, investigaciones que se reúnen en el segundo texto analizado: *La garra yanqui*. En esta obra, el peruano se propone despejar malentendidos sobre el antiimperialismo, superando así la visión romántica antinorteamericana fundamentada desde el materialismo, interpretación que, como en el texto anterior, buscaba posicionar al APRA como un movimiento revolucionario.

Finalmente, cabe hacer notar que las publicaciones antiimperialistas de intelectuales latinoamericanos en los años veinte fueron complementados y reforzados por un grupo de escritores marxistas norteamericanos, buen número de los cuales vivieron un tiempo en el México posrevolucionario. Un ejemplo clásico es John Reed, el precursor de estos escritores, quien difundió una visión vigorosa y bien informada del progreso de la Revolución mexicana a través de sus columnas periodísticas, al tiempo que denunciaba el intervencionismo norteamericano, especialmente en Veracruz.

A principios de los años veinte, radicaron en México varias figuras de izquierda que fueron clave en la creación de una literatura antiimperialista de alta popularidad en los Estados Unidos, que logró centrar la atención en Latinoamérica. Entre estos escritores militantes se contaban Scott Nearing, Carleton Beals o Bertram Wolf. En su ensayo, Carlos Marichal analiza la obra de Scott Nearing, *Dollar Diplomacy* (1925), traducida como *La diplomacia del dólar*, en 1926. El escrito de Nearing fue probablemente

el libro que tuvo mayor influencia sobre los lectores norteamericanos de la época, dando a conocer y difundiendo la historia de las intervenciones e inversiones de Estados Unidos en los países de América Latina. A su vez, Nearing fue un colega cercano de Carleton Beals, quien fue el autor de gran número de obras sobre el México posrevolucionario y el autor de la primera biografía de Sandino. Al revisar esta literatura ensayística, histórica, política y militante, puede observarse que existía un estrecho y apasionado diálogo entre los antiimperialistas norteamericanos y latinoamericanos de ese tiempo, tema que merece la pena estudiarse con mayor profundidad en el futuro.

En conclusión, sólo falta reiterar que, además de los autores y libros de ensayos analizados en el presente volumen, se recomienda al lector la consulta de varios textos adicionales incluidos en la colección digital del Seminario de Historia Intelectual.

Cabe, por último, hacer dos aclaraciones sobre la naturaleza de este libro. En primer lugar, si bien cada ensayo intenta situar a su autor en el contexto histórico que le pertenece, en ocasiones carece, por razones de espacio, de una explicación más profunda de su contexto político, social y económico nacional. Consecuentemente, creemos oportuno que las repercusiones de sus ideas sean estudiadas posteriormente, a través de otro tipo de documentación que nos acerque con mayor detalle al imaginario y a las representaciones colectivas²⁹.

En ese sentido, sería conveniente dejar planteada la necesidad de que este tipo de estudios se complementen con otros que privilegien el análisis de las formas en que las ideas y preguntas de estos intelectuales se difundieron en épocas posteriores. Asimismo, tendría que estudiarse la asimilación y difusión de las distintas ideas de identidad latinoamericana y su pervivencia en todo el continente, desde el ámbito académico y cultural (universidades, centros y revistas culturales). Se sugiere, además, la conveniencia de estudiar el impacto de estas ideas en los centros de saber especializados en estudios latinoamericanos de los vecinos países del Norte, principalmente en los Estados Unidos. No es infrecuente que se afirme, como lo hace Richard Salvatore, que en ese país se concentra gran

²⁹ Aunque no pretendemos abarcar este tipo de perspectiva, elaboramos una catálogo de autores en la página *Web* del seminario mencionada anteriormente, con el fin de iniciar una labor en la que a futuro puedan irse sumando fichas de otros autores antiimperialistas que se consideren pertinentes.

parte del conocimiento latinoamericano como una forma de articular las “nuevas y cambiantes formas de dominación/hegemonía imperial”³⁰.

Resta agradecer a aquellos que hicieron posible este texto. En primer lugar, a los autores de los ensayos, por asumir el compromiso de participar en un proyecto que, a lo largo de más de un año, implicó participar en numerosas sesiones donde se discutió el conjunto de las aportaciones. Asimismo, debemos agradecer la colaboración de la Mtra. Marcela Saldaña en las revisiones de los textos digitalizados y en la buena marcha del Seminario. De manera especial, damos las gracias a la directora de la biblioteca de El Colegio de México, Mtra. Micaela Chávez, por su apoyo en la digitalización de los textos clásicos que son la materia prima de la investigación. Para poner en práctica este proyecto, fue indispensable la beca de investigación concedida por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología de México (CONACYT) a la Dra. Alexandra Pita, recurso al que se sumó el apoyo del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México y la Universidad de Colima. Agradecemos a estas instituciones su colaboración.

ALEXANDRA PITA GONZÁLEZ
CARLOS MARICHAL SALINAS

³⁰ Salvatore, *Imágenes de un imperio*, p. 10. Para una estudio desde este tipo de perspectiva remitimos a los trabajos de Ricardo Salvatore, en especial a sus estudios sobre lo que él denomina “el imperio informal norteamericano en Sud América durante el apogeo del panamericanismo (1890-1945)”.

BIBLIOGRAFÍA

- Abellán, José Luis
Sociología del 98, Barcelona, Ediciones Península, 1973.
- Aguilar, José Antonio y Rafael Rojas
El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política, México, Fondo de Cultura Económica-Centro de Investigaciones y Docencia Económicas, 2002.
- Altamirano, Carlos (dir.)
Historia de los intelectuales en América Latina. Tomo 1. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo, Buenos Aires, Katz Editores, 2008.
- Angenot, Marc
La parole pamphlétaire. Contribution à la typologie des discours modernes, Paris, Éditions Payot & Rivages, 1995.
- Beigel, Fernanda
El itinerario y la brújula. El vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2003.
- Berrini, Beatrice
Brasil e Portugal. A Geração de 70, Porto, Campo das Letras, 2003.
- Bethell, Leslie (ed.)
Ideas and Ideologies in Twentieth Century Latin America, Nueva York, Cambridge University Press, 1996.
- Biagini, Hugo y Arturo Roig
El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo xx. Tomo 1. Identidad, utopía, integración (1900-1930), Buenos Aires, Editorial Biblos, 2004.
- Bobbio Norberto, Nicola Mattetucci y Gianfranco Pasquino,
Diccionario de Política, México, Siglo XXI Editores, 2002.
- Bowler, Peter
Biology and Social Thought, 1850-1914, Berkeley, University of California at Berkeley, 1993.
- Bruno, Paula
Paul Groussac. Un estratega intelectual, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, Universidad de San Andrés, 2005.
- , “Notas críticas acerca del uso de la expresión *generación del 80* (1920-2000)”, ponencia presentada en el Seminario de Historia Intelectual

- en El Colegio de México, <http://shial.colmex.mx/2005.htm> y, actualmente, en prensa en la revista *Secuencia* del Instituto Mora.
- Concheiro, Elvira, Máximo Mondonesi y Horacio Crespo, (eds.)
El comunismo: otras miradas desde América Latina, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, 2007.
- Charle, Christophe
Los intelectuales en el siglo XIX: Precursores del pensamiento moderno, Madrid, Siglo XXI Editores, 2000.
- Devés, Eduardo
El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Entre la modernización la identidad, Tomo I. Del Ariel de Rodó a la CEPAL (1900-1950), Buenos Aires, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana-Editorial Biblos, 2000.
- Funes, Patricia
Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos, Buenos Aires, Prometeo, 2006.
- Granados, Aimer y Carlos Marichal (coord.)
Construcción de la identidad latinoamericana. Ensayos de historia intelectual. Siglos XIX y XX, México, El Colegio de México, 2004.
- Hale, Charles
La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX, México, Fondo de Cultura Económica, 2002 [con Editorial Vuelta, 1991].
- Kersfeld, Daniel
 “La Liga antiimperialista de las Américas: una construcción política entre el marxismo y el latinoamericanismo,” en Concheiro, Mondonesi y Crespo, (eds.), 2007, pp. 151-166.
- Krauze, Enrique
Caudillos culturales en la Revolución mexicana, México, Siglo XXI, 1996.
- Leclerc, Gérard
Sociologie des intellectuels, París, PUF, 2003.
- Marichal, Carlos
 “El Lado oscuro de la generación del 900 en América Latina: Darwinismo social, psicología colectiva y la metáfora médica”, en Matute y Granados (en prensa).
- Marletti, Carlo
 “Intelectuales” en Bobbio, Mattetucci y Pasquino, 2002, pp. 819-824.

Matute, Alvaro y Aimer Granados (eds.)

Ensayos de historia intelectual comparada, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Universidad Autónoma Metropolitana (en prensa).

Moraga Valle, Fabio

“Ciencia, historia y razón política: el positivismo en Chile, 1860-1900”, Tesis doctoral en Historia, El Colegio de México, 2006.

Morse, Richard

“The Multiverse of Latin American Identity, c. 1920-1970”, en Bethell, 1996, pp. 1-127.

Ory P y J.F. Sirinelli

Les intellectuels en France: de l'affaire Dreyfus à nos jours, París, Armand Colin, 1999.

Pita, Alexandra

La Unión Latino Americana y el boletín Renovación. Redes intelectuales y revistas culturales en la década de 1920, México, El Colegio de México-Universidad de Colima, 2009.

Salvatore, Richard

Imágenes de un imperio. Los Estados Unidos y las formas de representación de América Latina, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2006.

Sarlo, Beatriz

Una modernidad periférica, 1920-1930, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

Segnini, Yolanda

La editorial América de Rufino Blanco Fombona, Madrid, 1915-1933, Madrid, Libris, 2000.

Selser, Gregorio

Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina [cd], México, Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades, 2010, 5 vols.

Svampa, Maristella

El dilema argentino: civilización o barbarie. De Sarmiento al revisionismo peronista, Buenos Aires, Ediciones El cielo por asalto, 1994.

Tarcus, Horacio

Mariategui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg, Buenos Aires, Ediciones El Cielo por Asalto, 2001.

—, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2007.

Terán, Óscar

“El primer antiimperialismo latinoamericano”, en *Revista de Cultura*, 12 (1981), pp. 3-10.

—, *Vida cultural en el Buenos Aires fin-de-siglo (1890-1910)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000.

Winock, Michel

Le siècle des intellectuels, París, Seuil, 1997.

Wohl, Robert

The Generation of 1914, Cambridge, Harvard University Press, 1979.

Yankelevich, Pablo

Miradas australes. Propaganda, cabildeo y proyección de la Revolución mexicana en el Río de la Plata, 1910-1930, México, Secretaría de Gobernación-Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana-Secretaría de Relaciones Exteriores, 1997.

Zapata, Francisco

Ideología y política en América Latina, México, El Colegio de México, 2001.

Zermeno, Guillermo

“El concepto intelectual en Hispanoamérica. Génesis y evolución”, ponencia presentada en el Seminario de Historia Intelectual, El Colegio de México, que puede consultarse en <http://shial.colmex.mx/2004.htm>.